

MENTALIDAD Y COMPORTAMIENTO SOCIAL, SINDICAL Y CIUDADANO EN ESPAÑA HOY

Por Carlos DIAZ HERNADEZ*

I. LA EDAD DE ORO: CENIT Y OCASO

Aquella España agraria y nacional-católica, aquella España orgánica y democrática, aislada del mundo por el azul de sus uniformes y sus saludos brazo en alto, aquella España monista y provinciana de los planes de estabilización primero (1959) y de la leche en polvo de la «ayuda americana» después, aquella España desarrollista en el interior y hostilizada al exterior. Aquella España fue finalmente a desembocar por un proceso de cambio lento e imperceptible, pero seguro y apoyado por la coyuntura internacional, en una nación incipientemente industrializada y con un gobierno de economistas tecnócratas en la década de los setenta, si bien esa industrialización se revelaría pronto ficticia, al haber apostado por un modelo fabril que, como el sector del automóvil, no estaba respaldado por la infraestructura energética necesaria, y al haber desatendido el desarrollo agrario, dejando yermos los recursos naturales que hubieran podido y debido potenciarse porque en ellos la competencia de los demás países europeos no cabía.

Sea como fuere, el caso es que la década de los sesenta se cierra con la universalización del famoso «Seat 600», al que la sabiduría popular denominaría por entonces «el ombligo», por su condición de universalmente disfrutado por todos y cada uno de los ciudadanos. Junto al ascenso del nivel de vida, con un empleo muy alto, con la entrada en un mismo espacio doméstico de varios sueldos, con la euforia del turismo que comenzaba a hacer mella en nuestros hábitos comportamentales y que inició la homologación con nuestros visitantes —ellos se llevaban puesto el sol, olés y capeas, y, mientras montaban en burro, nos dejaban dólares, curiosidad, permisividad y destape—, con todo eso también comenzó un renacer del movimiento obrero en forma de comisiones y comités, donde no faltaron actitudes muy emotivas.

Lo cierto es que hacia mediados de esa década de los setenta, a trancas, trancazos y barrancas, España se había desruralizado, la escolarización obligatoria funcionaba plenamente gracias a la Ley General de Educación del 1970, y los

* Doctor en Filosofía, Licenciado en Derecho, Diplomado en Sociología, Profesor en la UNED.

CARLOS DIAZ HERNANDEZ

dos negocios más rentables en el terreno sociocultural eran las escuelas de idiomas y las autoescuelas. Entre 1970 y 1977 la renta nacional correspondiente a las rentas de trabajo creció entre el 50 y el 54 %; los servicios sanitarios y de equipamientos se desarrollaron como nunca hasta entonces; el empleo se mantuvo estable no sólo por el incremento de los puestos de trabajo surgidos por razón del desarrollo industrial, sino también derivados de la tremenda emigración hacia el exterior (que a su vez producía divisas abundantísimas; el despido fue mínimo, en calidad, sobre todo, de compensación del empresariado —compensación impuesta políticamente desde El Pardo— a una clase obrera sin libertades de asociación, de huelga, ni de representación, y a cambio de todas esas carencias; la mujer inició su actividad laboral tanto en la vida burocrática como en el sector fabril, pese al virilismo de la sociedad; los campos se despoblaron a marchas forzadas, en un movimiento más parecido a una estampida de búfalos desorientados que a una libertad de elección y a una clara idea de lo que estaba pasando, para venir en recalar por último en barrios achabolados o decididamente chaboleros, cuando no en ciudades-dormitorio que en la periferia comenzaron a alzarse con vertiginosidad pero sin suficientes condiciones de habitabilidad ni una planificación adecuada, antes bien predominando el ánimo de lucro y la especulación por parte de sus constructores, algunas de cuyas fortunas surgieron precisamente entonces.

Esta euforia no se limitaba naturalmente tan sólo a nuestro solar patrio, sino que nacía el albur de la bonanza económica y reconstruccionista de los Estados Unidos de América y se reflejaba en Europa, en el período de expansión que siguió a la última de las guerras mundiales, durante el cual incluso los teóricos más avanzados en materia política, teóricos procedentes del marxismo, la denominada Escuela de Frankfurt, cayeron en la ilusión de crear una filosofía de las vacas gordas, y que decía así: El progreso material es ya irreversible e incontestable; ahora el hombre debe cuidar el desarrollo espiritual. Esos filósofos frankfurtianos, entre los cuales se encontraban los teóricos de los sucesos de Mayo del 68, afirmaban que, puesto que «lo técnicamente posible debe ser socialmente necesario», y puesto que la era de la abundancia material ya había comenzado, de lo que se trataba ahora era de racionalizar su abundancia, de repartirla mejor, y de no dejarse esclavizar por ella, todo lo cual estaba muy bien, pero no consideraba la posibilidad de que aquella bonanza fuere frágil y de que no durara mucho.

Sea como fuera, lo cierto es que el propio movimiento estudiantil de Mayo del 68 fue preso de esa misma hipótesis: El futuro económico está más que resuelto, nos sobra de todo. Por aquella época no eran sólo los filósofos y los estudiantes los que así pensaban; también los economistas aseguraban arrogantes, por ejemplo en el libro *Toward the year 2000: World in progress*, que la abundancia de riqueza se traduciría en un mayor y mejor reparto entre las naciones, que el número de días laborables sería de 117 frente a los 218 dedicados al recreo y al ocio, que las jornadas laborales serían cada vez más breves, que los trabajos penosos quedarían para las máquinas, y que, en definitiva, en tal horizonte, el problema mayor sería el del tiempo libre, el de llenar creativamente el ocio para evitar el aburrimiento (1).

(1) Yo mismo, con el pseudónimo de Ana D. Hernández, me hice eco de tales tesis —no sin reservas, en efecto— en un folleto de Editorial Z y titulado *El año 2000*, Madrid, noviembre de 1971.

II. LA CRISIS

Y colorín colorado. Si el 1968 fue la ilusión de que todo era posible, el 1973 comienza la sospecha de que algo ha cambiado irreversiblemente: Los precios del petróleo se disparan, de resultas de la guerra de los seis días de junio de 1967 entre Israel frente a Egipto, Jordania y Siria (2). La Organización de Países Exportadores de Petróleo elevó el precio medio del crudo de 1,65 dólares en 1973 a 25 dólares en 1979, tendencia al alza que hoy continúa. Como consecuencia de este fenómeno entonces imprevisible se dislocó el crecimiento mundial, y la polémica sobre los límites del crecimiento fue obligatoriamente desplazada hacia los del crecimiento mínimo, el cual ni siquiera se realiza en los países del tercer mundo, donde diecisiete millones de niños mueren de hambre por todos los años y donde casi dos mil millones de personas están alcanzadas por la miseria, cuando de suyo la producción posible de la tierra daría para hartar de comida a todo el mundo.

Hoy, luego del paréntesis bonancista, las voces de los profetas de la desgracia vuelven a sonar desgarradoramente, y mientras del escenario han desaparecido o muerto los actores de la época anterior — Marcuse, Sartre, Adorno, Fromm, etc — se retoma la frase que hace treinta años escribiera Allen Ginsberg, «la otra conciencia de América»: «El mundo es una montaña de mierda; si queremos moverla, hemos de cogerla a puñados», frase que viene a ser una traducción — eso sí, un poco más olorosa — de aquella otra de Marx, la onceava Tesis sobre Feuerbach: «Hasta ahora los filósofos no han hecho más que interpretar la historia; de ahora en adelante hay que transformarla».

Así las cosas, mientras tanto, en España está ocurriendo un fenómeno también irreversible: El General Franco muere en noviembre de 1975, justamente en el epicentro de semejante seísmo, cuando peor estaban las cosas, lo cual, por inverosímil que parezca, llevó y continúa llevando a muchos nostálgicos y partidarios de aquel régimen unipersonal a pensar que todo lo que ha venido después, incluso la crisis económica, se debe a que desapareció de la escena su principal protagonista. Con otras palabras: A que el desmantelamiento del anterior orden social es la causa de la actual era de vacas flacas.

La realidad, sin embargo, es bien otra, en parte diametralmente opuesta. En efecto, el gobierno español a diferencia de la mayoría de los gobiernos democráticos europeos, ocultó celosamente a los ciudadanos el cambio de marcha en el panorama económico, y no quiso decirles que no había más remedio que renunciar al consumo al que se había comenzado a acostumbrar; les había dicho a los españolitos de a pie demasiadas veces que había que apretarse el cinturón, y cuando más falta hacía decírselo, no se atrevió. De esta manera se cumplió sarcásticamente el cuento del lobo y los pastores: Tantas veces se había dado la falsa alarma, que cuando finalmente el lobo llegó, los pastores hicieron

(2) Pocos reparan en que el epicentro de la problemática mundial no era, como se creía, Mayo del 68 y su filosofía del hartazgo, sino algo que pasó a la historia de aquellos días como al fin y al cabo una escaramuza bélica en el Oriente Próximo, una refriega local más, la guerra de los seis días: En realidad de esta guerra estaba dependiendo todo. Una vez más se cumple la afirmación de Mounier de que raras veces coincide la vivencia que tienen los hombres respecto de su propio presente con la objetividad histórica, pues suelen pasar por catástrofes hechos triviales y desatenderse los auténticos puntos nodulares del cambio. Por eso y por otras razones Hegel realizó toda su filosofía de la historia.

CARLOS DIAZ HERNANDEZ

caso omiso. Pero el lobo estaba allí esta vez. Debilitada extremadamente la salud del General Franco, azuzando el problema del Sahara en forma de «marcha verde», asesinado el Almirante Carrero Blanco, aumentándose la presión por las libertades democráticas, tanto desde dentro como desde el exterior, contando con la animadversión de Europa, con unos precios de la energía que no podíamos pagar, con una descomposición del monolitismo ideológico y político de las propias esferas dominantes antes compactas, con todo ello el gobierno no se atrevió a decirle la verdad al pueblo español, y en lugar de informarle con transparencia siguió queriendo dar la impresión de que el Cid seguía cabalgando y ganando batallas, y que allí no había pasado nada.

El año 1973, cuando los Estados Unidos de América hacían caer los salarios en un 5'4, veía cómo en España aumentaban un 64 %, cómo se practicaba una política fiscal conducente a la inflación, que en el año 1977 era ya de un 30 %, y cómo el déficit en la balanza de pagos se elevaba casi a los cinco mil millones de pesetas. Ni siquiera eso se presentaba con claridad. Y, por supuesto, a nadie parece que se le ocurriera añadir que no bastaba con informar al pueblo, sino que apremiaba cambiar las cosas, propiciando las libertades públicas que hubieran hecho posible la transparencia deseada, y evitando que ese posible y necesario nuevo sacrificio no recayese una vez más sobre los más débiles, sino sobre los más poderosos, los que nunca se habían resentido de ninguna crisis, antes al contrario habían engordado con ellas.

El proceso de celosa ocultación de la realidad continuó tras el 20 de noviembre de 1975, pues el gobierno que lo continuó a duras penas hasta las elecciones libres de 1977, no quiso, no pudo, o no supo tampoco qué decir ni qué hacer, en medio de la impopularidad que de suyo hubiera podido acarrear cualquier opción reformista profunda, para lo que por lo demás parecía carecer de legitimación aquel régimen de transición.

III. EL CAMBIO SOCIOPOLITICO

La crisis no es pues, atribuible a la perversa voluntad de la mayoría de españoles como se dice en ciertos círculos, sino que es la cosecha que en forma de tempestades se debe a la siembra de malos vientos anteriores. Lo que ocurre es que la olla podrida de esa crisis se destapó tras las elecciones libres de la primavera de 1977, que supondrán el paso de una sociedad monista y dictatorial a otra pluralista y democrática en el terreno formal, pero igualmente oligárquica y monopolista en el ámbito de lo social.

Lo cierto es que en esas elecciones reaparecen las dos legendarias Españas de una forma sublime: el 42'5 % de los votos fue a parar al centro y a la derecha, y el 42'5 % restante a la izquierda (33'7 % a los socialistas y 9'2 % a los comunistas). Pero de momento tampoco parece nadie dispuesto a decirle al pueblo lo que está ocurriendo. Mientras el partido en el poder, una coalición de partidos y grupos, en general con un neofranquismo muy complejo y lleno de diferencias internas, la UCD, no se atreve a frenar el crecimiento del gasto público, ni los derivados del proceso autonómico, ni a imponer una política de austeridad, ni a hacer una seria reforma fiscal, presa, pues, la UCD de sus propias contradicciones y de su debilidad, tampoco la oposición estará dispuesta a acarrear la impopularidad y el desgaste que supondría frenar la demagogia

MENTALIDAD Y COMPORTAMIENTO SOCIAL

de peticiones obreras desorbitadas y en todo caso imposibles de cumplir sin una remodelación cualitativa del aparato de producción y de la mentalidad y la cultura.

De este modo las centrales sindicales rivalizarán por aquel tiempo en subir el listón de las reivindicaciones, creyendo que así sería mayor la captación de afiliados (a más alta reivindicación, más afiliados). Huelgas, casi infinitas, jornadas laborales perdidas, bajísima productividad, y ascenso vertiginoso de la inflación como resultado lógico de todo ello, se concitaban en la frase: «Que paguen los capitalistas la crisis, puesto que ellos la han causado». De aquel pulso entre las fuerzas sociales y las empresariales no pudo salir más que el comienzo de una bancarrota generalizada, pues aquella crisis no se podía resolver con otra cosa que, o bien con una revolución —a lo que nadie parecía dispuesto— o con una serie de pactos y reajustes, lo que ulteriormente se iba a conocer con el nombre de «consenso».

Pero antes de que éste se produjese, izquierda y derecha optaron a la limón por ganar tiempo y por esperar, mientras se iba redactando artículo a artículo el marco jurídico e institucional en que inscribir ese diálogo, marco que no podía ser otro que el de la nueva Constitución. El precio de ese lapso de tiempo perdido para el diálogo social fue un aumento del desempleo, una mayor caída de la inversión, y un descenso del Producto Nacional Bruto, que si en el 1974 era del 20'4 %, en 1979 descendió al 14'8 %, y así sucesivamente con otros indicadores económicos, de todos los cuales sobresalía la alerta roja de la desocupación, que pasó de 353.000 en 1974 a 1.205.000 en 1979, sin que hasta la fecha se haya conocido otra cosa que un incremento continuado, que pone en peligro cualquier forma de pacificación.

En este contexto, los Pactos de la Moncloa fueron un primer intento de cantarle al pueblo las cuarenta, tratando de frenar la carrera de aumentos salariales, de realizar una política monetaria más estrictamente y una incipiente reforma fiscal, así como una flexibilización de las plantillas laborales, a cambio de un comienzo de participación de la oposición en la administración y gestión de ciertas parcelas del sector público, y de los sindicatos en espacios en que, como veremos a continuación, no habían estado presentes hasta la fecha. Como consecuencia de todo ello se logra hacer descender la inflación al 16 %, y la balanza de pagos alcanza un superavit de casi mil quinientos millones de pesetas en 1978.

Pero lo que resulta dramático de todo este proceso es que cuando, según estamos viendo, comienza a decirse al pueblo la verdad, y cuando esa verdad se traduce en desempleo y en descenso del poder adquisitivo, entonces el pueblo mismo reacciona deprimiéndose, adoptando pautas de comportamiento absentistas, con un fatalismo pasivo y desesperanzado. Pudo haber tenido una reacción bélica, agresiva, militante, pudo haber espoleado a sus organizaciones en orden a una mayor implantación revolucionaria, e incluso pudo dar un vuelco a sus respectivas organizaciones llevándolas hacia una mayor fidelidad al socialismo. Pero lejos de ocurrir tal cosa, su actitud fue la de un desencanto feroz. Así pues, a la verdad desnuda el pueblo reaccionó con la impotencia, mientras a la mentira reaccionó con el encanto: ¿Qué había pasado para que esto acaeciese? ¿Qué se había quebrado en lo profundo del alma popular?

Tal vez, antes que nada, el pueblo español se hundió en y por el poder; cuarenta años de actitud a la contra le cogieron con una inercia excesiva, y, de

CARLOS DIAZ HERNANDEZ

este modo, cuando los dirigentes políticos y sindicales de izquierda, portavoces del sentir popular de las clases más bajas, hicieron su aparición en escena, quedaron sorprendidos por el propio peso del poder siempre alienador en sus cumbres mismas. Para mantenerse en el poder, es decir, para ser homologados a Europa y supervisados, por los Estados Unidos, sin los cuales no hay visto bueno, y no deseándose un cambio revolucionario después del anterior trauma aún reciente de la Guerra Civil, para mantenerse allí la izquierda tuvo que hacer concesiones progresivamente.

El comunismo se hizo eurocomunismo, y el socialismo dejó de ser marxista; se desterró la palabra «nacionalización», alegando evitar cargar con empresas deficitarias; se hizo lo imposible por no perder la confianza empresarial, alabando la economía de mercado; se defendió la actual relación de fuerzas entre el sector público y el privado; se defendió un modelo tripartito de programa económico entre la Administración, los empresarios y los sindicatos; se dió marcha atrás en la originaria petición de convertir en sociedades anónimas las Cajas de Ahorro; en una palabra, se rivalizó en moderación para no concitar las iras de los poderosos en Europa y América, y para captar el voto moderado de grandes capas del proletariado y de la clase media, que aun viviendo un poco peor que antes todavía viven lo suficientemente bien como para temer que cualquier cambio las vaya a perjudicar, así como para capitalizar el voto del miedo cultivado para dar ideas de que la izquierda es de nuevo la causante de la Guerra Civil, no faltando finalmente el temor reverencial al ejército franquista y oligárquico, al parecer poco dispuesto a coexistir con la izquierda no siendo el 23 de Febrero más que una muestra, por cierto hábilmente aprovechada por la derecha para crecerse, y por la izquierda para justificarse. Parecería que en este país todo el mundo estaba esperando el 23-F, que tuvo como virtud el agigantamiento, un tanto hipertrófico, de la figura del Rey, es decir, la consolidación de la monarquía y de su trasunto, el estilo parlamentario: la democracia coronada.

Es aquí donde hay que inscribir todo lo demás, y en concreto las transformaciones estructurales más importantes: la entrada en la Organización del Tratado del Atlántico Norte, para defensa de ese estilo democrático y anticomunista; las prisas por entrar en el Mercado Común, que sólo es un mercado donde se vende y compra la libertad económica de los pueblos del mundo por los que aspiran a dueños del mismo; el bipartidismo donde sólo dos fuertes alternan en la alternativa de poder; la homologación a organizaciones de allende los Pirineos; la subinfeudación ultrapirineica en una palabra, todo ello da muestras de nuestra servidumbre voluntaria, como diría Etienne de la Boétie. En cierto sentido, las autonomías son el reflejo esperpéntico de lo examinado, porque las autonomías tal y como se han ido desarrollando, con sus desequilibrios y sus privilegios, canonizan un proceso de aceptación de desigualdades donde las autonomías de primera división comerán voraces a las de segunda, del mismo modo que la Europa de primera división engulle al resto de los más débiles. El reiterado fracaso de la Ley de Autonomía Universitaria muestra desde el mismo punto de vista que con un proceso autonómico injusto e insolidario sólo cabe una Universidad del mismo signo, y que por muy perfecta que fuera la LAU reflejaría siempre ese su cojeo estructural.

Así están las cosas en lo relativo a la acomodación al poder y de la pérdida de sentido socializador por parte de una izquierda que, tanto al interior de sus propios postulados teóricos y políticos, como el exterior de su comportamiento

MENTALIDAD Y COMPORTAMIENTO SOCIAL

en el diálogo con UCD, y en su dependencia geopolítica y estratégica respecto de los ricos del mundo, está maniatada. No somos quien para juzgar si es ése el único camino histórico para el futuro, ni si ese proceso emprendido será o no reversible, ni si está realizado con mejor o peor voluntad. Pero lo que sí podemos juzgar es que el efecto sobre el pueblo ha sido devastador en lo relativo a la implantación militante. No basta con lamentar que todo se ha juntado, que la crisis ideológica se ha producido como consecuencia de la crisis económica, o que ha podido ocurrir al revés. Lo cierto es que menores de 27 años hay que buscarlos con lupa en los partidos políticos y que el desaliento es la tónica generalizada, de la cual no hay que culpar en exclusiva a los líderes, acaso no peores que su pueblo, inculto y veleidoso a la par que doliente.

Estando así las cosas, ¿cuál ha sido el comportamiento sindical? CCOO, UGT, el Gobierno y la CEOE han llegado a un Acuerdo Nacional sobre Empleo, que el Gobierno de Calvo Sotelo se propone renovar todas las primaveras, y que persigue tres cosas básicamente:

— Consolidar el modelo de negociación tripartita ya existente en Europa, que es, como decíamos, el referente.

— Institucionalizar el paro, controlándole con medidas tendentes a cubrir el desempleo mediante la extensión de un subsidio, de cartillas médico-farmacéuticas, y crear empleo (350.000 puestos de trabajo), así como a propiciar la jubilación a los 64 años, a gravar a las horas extras, etc., medidas todas ellas encaminadas a paliar los efectos del paro más bien que a atajar sus causas, que están más allá, ni siquiera en una simple reconversión industrial (imprescindible, ciertamente), sino en una reestructuración cualitativamente diferente de la correlación de fuerzas y modos de producción, pues lo que está en juego para evitar el paro es el modo de producción mismo del propio capitalismo.

— Lograr una normalización de la vida sindical, no solamente fortaleciendo a los sindicatos con el pago de cuotas de gestión o por el descuento de cuotas sindicales futuras de la nómina de cada trabajador, a tenor de lo que acaece en Europa, donde la actuación de los individuos pasa a segundo plano para ganar en fuerza la capacidad negociadora de los representantes oficiales del sindicato, sino también haciendo presentes a esos mismos sindicatos en los organismos a los que anteriormente carecían de acceso, como por ejemplo, el Instituto Nacional de la Seguridad Social, el Instituto Nacional de Empleo (INEM), el Instituto de Mediación, Arbitraje y Conciliación, el Instituto Social del Tiempo Libre y el Instituto de Seguridad e Higiene en el Trabajo, así como la Junta Superior de Precios. De esta forma, los sindicatos antes limitados a la negociación colectiva sectorial y a los comités de empresa, adquieren ahora un protagonismo impensable.

Pero, así como la libertad política llegó a España en los momentos de crisis económica, así también el protagonismo sindical se presenta cuando entre dirigentes obreros y base laboral es mayor la distancia, y cuando mayor es la debilidad de las secciones sindicales, los comités de empresa, y las asambleas de fábrica. Los sindicatos se consolidan así en una democracia burguesa, mientras que el Estatuto del Trabajador recorta las tareas asignadas a los comités de empresa, a las asambleas, y a las secciones sindicales.

Mientras, el Pacto Bilateral entre Gobierno y sindicatos contempla la garantía para los mayoritarios CC.OO. y UGT de la percepción en tres plazos anuales de un anticipo de 2.4000 millones de pesetas, a cuenta de sus derechos so-

bre el patrimonio verticalista, cuestión que suscitó una apasionada reacción del sector empresarial, celosa de los bienes propios y de los ajenos, y la retirada momentánea de la CEOE de las negociaciones en junio de 1981. No hay que olvidar que la CEOE, en todo este proceso, siendo la otra cara de la moneda, se había mantenido dentro de los límites de una actuación sociopolítica europeizante, atornillando todo lo posible en el terreno económico, presionando al máximo al gobierno, apoyando a los partidos más a la derecha, pero manteniendo el diálogo institucional con la clase trabajadora, e incluso apoyando decididamente a la Constitución, por considerar que con un régimen militar las inversiones europeas y sus homologación con el exterior peligrarían gravemente. Podría, pues, decirse, que la patronal, por su parte, también ha hecho concesiones a su imperialismo, a cambio de su asentamiento definitivo y de su recuperación económica con las medidas adoptadas al respecto.

El clima de escasa recuperación de la bolsa, casi incluso de su caída, es el espacio en que esto se juega. Mientras tanto, la Banca extrae excelentes beneficios, de modo que el año 1979 fue el de mayores beneficios de su historia. Todo parece indicar, así las cosas, que el neocapitalismo se ha asentado pese a la crisis o tal vez por ella, y que del mismo modo se han entronizado los sindicatos y los partidos obreros. Todos parecen haber ganado, pero ha habido un perdedor: El pueblo mismo, cada vez más alejado de los unos y los otros, cada vez más desilusionado, pero a su vez cada vez más reacio a luchar por su propia identidad y por su autorreconocimiento en la propia historia. Trátase de un proceso histórico inédito, cuya salida aún no es fácil avistar.

De momento, sin embargo, lo único indiscutible es que el sindicalismo de participación donde contaban más las bases, las secciones sindicales y los comités de empresa, ese sindicalismo decrece, mientras aumenta el poder de los dirigentes y las estructuras sindicales, conforme a un proceso de burocratización, es decir, de refortalecimiento de los líderes (3). Hasta el momento la clase trabajadora parece contemplar sin reaccionar un proceso un tanto esquizofrénico en el que sus propias organizaciones firman con una mano pactos y consensos, y con la otra llaman a la movilización, o amenazan con hacerlo. Se asiste de este modo a un comportamiento que, si no explosivo por ahora, si al menos ha de calificarse como anómalo y contradictorio.

Como afirma Víctor Pérez Díaz, que ha trabajado como pocos esta temática, acaso más que ningún otro, «probablemente sucede que la clase obrera, aunque sea más o menos receptiva a un discurso de funcionamiento eficaz de la economía, no considera este discurso, su lógica interna y su lenguaje, como propios. Los utiliza como prestados y sin convicción. Lo suyo ha sido desde el comienzo de la revolución industrial, y en buena medida sigue siendo, un discurso más próximo al de las clases precapitalistas como el campesinado y el artesano: El discurso de la comunidad moral, del salario digno, del respeto, de

(3) Dejo a un lado las desavenencias internas derivadas de las cuestiones del liderazgo: Si para E. Múgica «el PSOE es el instrumento que, respetando la tradición, hará posible la transformación paulatina de la sociedad», para Pablo Castellano «en el XXIX Congreso de Octubre de 1981 se va a enterrar a Pablo Iglesias, como en el anterior nos cepillamos a Carlos Marx». Si para uno el PSOE es respaldado por una inmensa mayoría, para el otro el PSOE «sólo asusta a los trabajadores, pues inspira confianza a empresarios, banqueros y militares». Izquierda Socialista, por un lado, no aparece en el último Congreso, mientras el cien por cien de los delegados elige al unísono a su Secretario General, etc. Sobre la cuestión sindical citada y no sobre este tema; cfr., Fernández de Castro, J. L.; su artículo en el «Boletín HOAC Noticias Obreras», 407 11 número 811/15-VII-81.

MENTALIDAD Y COMPORTAMIENTO SOCIAL

la distribución equitativa de las necesidades, etc. De aquí la irritación o la fatiga frecuente de tantos empresarios, economistas, técnicos y políticos de corte moderno y avanzado de una u otra tendencia, incluida la izquierda, en sus efectos por persuadir a esta clase obrera de que dialogue, es decir, de que razone y se exprese en términos caracterizados como modernos, y de aquí buena parte de las dificultades y los malentendidos que surgen necesariamente en estos intentos de diálogo» (4).

Pero ¿esos malentendidos y esas dificultades le son inherentes a la relación entre masa y burocracia, o por el contrario pertenecen al terreno de las coyunturas históricas? Parece, por cuanto va siendo dicho, que es ya una tensión estructural y que a duras penas podrá encubrirse o minimizarse, habiendo de salir a la superficie por la fuerza de los hechos. Muchos se preguntan por qué seguir utilizando ciertas referencias a la historia del movimiento obrero clásico, que como es sabido tenía un corte maximalista y utópico en el terreno de las aspiraciones relativas a la sociedad sin clases, por qué sigue utilizándose un conjunto de símbolos ideológicos y de emblemas emocionales del pasado, cuando esos símbolos y esas referencias ya no se ven correspondientes por la realidad presente, etc: «¿Durante cuánto tiempo, en estas condiciones, cabe prolongar el debate sobre estos símbolos sin provocar un efecto de alucinación entre los que participan en él?

Formas más o menos leves de alucinación están presentes, por lo demás, como se sabe, en los procedimientos mágicos, que consisten en un intento de transformar la realidad a través de la manipulación de los símbolos. Es reconocido el recurso a la magia cuando se trata de conseguir el hallazgo de un objeto perdido. Por ejemplo, se obtiene una imagen de ese objeto y se le somete a varias operaciones o encantamientos, o se repite el nombre del objeto. Pues bien, a veces existe la impresión de que para ciertos sectores de las organizaciones obreras el objeto perdido es la alternativa al orden capitalista. No la tienen, la buscan, tienen que encontrarla. Y recurren al procedimiento mágico de la invocación: pronuncian su nombre» (5).

¿Y este juego no puede a la larga hacer que las bases populares se vayan perdiendo?, ¿no será insuficiente la pátina estética o el barniz emotivo de la apelación a los tiempos pasados mejores?, ¿por qué invocar a las meigas si no existen? La respuesta del pueblo en estas condiciones, no puede por menos de ser disociadora, como vamos a ver a continuación.

IV. RESPUESTA SOCIAL Y SINDICAL DE LOS TRABAJADORES A TODAS ESTAS NUEVAS SITUACIONES: LA CARENCIA DE CONCIENCIA DE CLASE

Apuntábamos atrás que tal vez el pueblo español no fuera ni más entregado ni mejor que sus dirigentes, y lo recogemos ahora; si los dirigentes sociales y políticos de izquierda parecen rebajar su creencia en el socialismo clásico, del

(4) Cfr., Pérez Díaz, V.: *La experiencia laboral de los obreros españoles: juicios sobre el puesto de trabajo y la empresa*. «Sistema», Madrid, 1979, p. 97.

(5) Pérez Díaz, V.: *Actitudes obreras y estrategias sindicales*. En «Seminario sobre Iglesia y situación socioeconómica en la España de los ochenta». Universidad de Comillas, Madrid, febrero-marzo de 1981).

mismo modo que la derecha franquista procura evitar por su parte el pasado que la caracterizó, para trasladarse o acercarse al centro, adoptando una actitud dialogante y en cierto sentido democrático, en esa búsqueda desafortunada de la concertación y en el clima de no enfrentamiento, si todo eso es así, también el pueblo participa de la pasión aquietadora: La paz que nos ofrecían propagandísticamente los carteles anunciadores de los «XXV años de paz» (y que la izquierda criticaba diciendo «la paz de los cementerios», mientras «La Codorniz» era sancionada por haber publicado una portada que comenzaba con un «XXV años de paz...» y que concluía en la contraportada «...ciencia en España»), ahora parece que todos buscan la paz perdida, y que el grito es recuperar aquella infancia: A la *recherche* de la paz perdida.

En efecto, hoy impera entre el proletariado la moderación en las demandas salariales, por temor al incremento del paro; el número de huelgas y de horas laborales perdidas baja tremendamente (6); el índice de afiliación sindical es bajísimo (7); los propios obreros eligen su «empresario modelo» o «empresario del año»; un 70 % del proletariado piensa que «la economía no puede funcionar sin los empresarios, aunque se puede hablar mal de ellos»; un 76,7 % desea continuar en la empresa donde trabaja; un 62 % está «muy-bastante» satisfecho con las posibilidades de ejercer su iniciativa en el puesto de trabajo; más de la mitad con la variedad de tareas de su puesto de trabajo; un 82 % con el ritmo laboral; un 78 % con las condiciones físicas; un 65 % con el riesgo de accidentes laborales y/o enfermedad profesional; un 50 % con la información que recibe de la empresa; un 71,7 % con el modo en que es escuchado y atendido en sus quejas, un 50,2 % con su empresa; un 64,9 % cree tener un nivel de ingresos semejantes o superior al de la mayoría; un 82,2 % piensa lo mismo respecto de la educación; el 44 % es propietario de un piso; el 94 % y el 91 % tienen nevera y televisión respectivamente; el 64 % lavadora automática; el 31 % tocadiscos; casi un 40 % un automóvil propio (8). A la vista de todo ello no cabe extrañar que ya no valga para los trabajadores aquella aseveración de la Primera Internacional, donde se aseguraba que «los trabajadores nada tienen que perder, a no ser sus cadenas», pues también su televisor, y su coche, y todo lo demás también podrían perderlo si pretendiesen cambiar, cosa que por lo demás tampoco parecen anhelar, a la luz de los antecitados porcentajes, tal vez porque con el acceso a un cierto nivel de confort hasta los propios trabajadores comienzan a echar raíces en la filosofía de la propiedad.

(6) Su cénit lo marcó la época Arias Navarro, por el desplazamiento de la energía del terreno político al laboral, una vez que comenzó a crecer la libertad política, y también por la desenfrenada competencia entre los sindicatos buscando la hegemonía, así como por la costumbre asamblearia localista típica del antiguo régimen, en que no se podía hacer otra cosa.

(7) Aunque el 48 % votó PSOE (y un 4'3 al PSP) y un 19'5 al PC —para UCD el 19'5 % de los votos— sólo un 5'8 se afilió. La falta de entusiasmo se reflejó en la desconfianza ante los Pactos de la Moncloa, y en la baja puntuación a los líderes de izquierda en una escala de 0 a 5: 2'45 para los comunistas y 2'227 a Carrillo; 3'21 a los socialistas y 3'02 a Felipe González (a Suarez 2'25); a la pregunta por el tipo de sociedad deseada sólo un 17 % contestó «una sociedad socialista»; sólo un 22'3 % quiso el protagonismo de los sindicatos en las negociaciones colectivas frente a un 35,9 que optaba por los comités, y un 16'9 % que prefería la combinación de ambos, el 74'9 % optaba por controlar a los líderes sindicales, destituirles o sustituirles en cualquier momento; el propio asamblearismo desestimado; duda de que su propia opinión sea tenida allí en cuenta; un 45'7 % prefiere la reclamación directa al empresario, jefe de personal o capataz para reclamaciones individuales, etc. (Cfr., Pérez Díaz, V. loc. cit.).

(8) Cfr., Pérez Díaz, V.: *La experiencia laboral de los obreros españoles*, citado

MENTALIDAD Y COMPORTAMIENTO SOCIAL

De hecho, y para corroborar esta afirmación, podría pasarse del terreno de la propiedad al terreno de los hábitos. Más de una vez hemos escuchado: «Me engañarán en el sobre, pero en el trabajo no»; más de una vez hemos visto el trabajador blasonar de su bajo rendimiento laboral; la pérdida de la dignidad profesional no es tampoco cosa nueva, como no lo es el aumento del chapucismo y del «tente mientras cobro» del que está totalmente ajeno al orgullo artesanal de la obra bien hecha; lo que se busca es asegurar el puesto de trabajo, cualquier trabajo, habiendo bajado las aspiraciones el desempleo pero también la indiferencia ante un universo técnico donde no siempre se sabe cuál es el sentido del propio operar en una ocupación en cadena y puramente mecánica donde está ausente el sentido global de la obra; el especialista se asienta con gusto en su escalafón, teniendo por debajo de él al pelotón de los torpes sin especialidad, y así el escalafonamiento se asemeja a un agremiamento donde cada cual reivindica por separado, sin sentido de la globalidad, y donde el «proletarios de todos los países unidos» que Marx lanzara se traduce por un «colegas, unánimos contra los de los restantes escalafones».

La insolidaridad con los obreros del Tercer Mundo es manifiesta, y el acceso al Mercado Común no se contempla como un paso más en la explotación al Tercer Mundo, ni se pregunta la izquierda por qué los trabajadores españoles están en estos momentos vendiendo armas al Tercer Mundo, donde sus hermanos menos agraciados por las rentas per capita se matarán con la complicidad hispana; los técnicos de cuello blanco y burócratas de oficinas, de ministerios y de grandes fábricas, agremiados pero no sindicados, practican el absentismo, rinden muy poco, y exigen mucho, sin tener en cuenta nunca que, para ganar mucho menos que lo que ellos ganan sin esfuerzo, ha de dejarse el labrador la espalda en el campo, sin que finalmente obtenga vacaciones, ni siquiera reconocimiento social, y apenas posibilidades de cambio social o ascenso, y hasta, cuando las cosas van mal, peligrar su supervivencia por hambre; cuando se está en posesión de varios empleos, no se dejan libremente, sino en todo caso por ley, pero esa ley no llega mientras; por todo ello, y yendo cada caso con la perspectiva con que se contempla a una mujer pública. No es de extrañar que si la solidaridad no comienza en el ámbito obrero, tampoco esté presente en las instancias dirigentes, ni en las autonomías, ni en parte alguna, y de este modo tampoco habrá que rasgarse las vestiduras cuando se oyen las más alambicadas frases para caracterizar a España, como la que hace referencia al «Estado» español, siempre al Estado como sustantivo, donde lo común es mero adjetivo. Cada uno de nosotros podría entonces repetir con Luis XIV: El Estado soy yo. Estar montado o no en la insolidaridad, esa es la cuestión.

Así las cosas; ¿quién se equivocó?, ¿se equivocó Marx cuando auguró que en una sociedad sin clases los trabajadores optarían por un trabajo no-alienado y por una sociedad nueva, o se está equivocando el proletariado mismo al optar por el egoísmo?

A la pregunta de si los obreros creían que «el egoísmo de los poderosos hará imposible cualquier reforma gradual de la sociedad», según Víctor Pérez un 79% responde afirmativamente con un «muy de acuerdo», y un 18% con un «bastante de acuerdo». Pero si casi el cien por cien de estos trabajadores está contra el egoísmo de los poderosos, ¿por qué no lo está en contra del propio egoísmo? Atacar al «poderoso» para repartirse sus despojos no es síntoma de generosidad en principio, y menos aún cuando no se piensa en que el obrero español es

CARLOS DIAZ HERNANDEZ

poderoso respecto del puertorriqueño o salvadoreño, con los que nada se comparte, o cuando, sin ir tan lejos, en la propia península los obreros de las autonomías más poderosas no quieran saber nada con los de Andalucía Oriental, Castilla-La Mancha, Extremadura, y otras.

«Que empiecen a repartir los de arriba», se oye decir. Eso me parece necesario, pero en boca de muchos suena a coartada perfecta para no comenzar nunca a compartir por cuenta propia, ya que, evidentemente, quien espera a que todo el mundo comparta para compartir él tiene asegurado que nunca le llegará el turno. Pero entonces ¿por qué es el primero en pedir? (9).

El proletariado hispánico, pues, ha perdido sus señas de identidad pasada: Carece de conciencia de clase, esto es, de los siguientes caracteres:

- Identificación proletaria con la pertenencia a una «clase obrera».
- Clase antagónica respecto de la burguesa-empresarial-capitalista así como respecto del poder.
- Percibiendo y valorando ese conflicto como central y girando los demás conflictos en torno a ése.
- Creyendo en la alternativa socialista frente al capitalismo.
- Confiando y delegando su poder en partidos y sindicatos que, como «organizaciones de la clase obrera» caminan hacia su alternativa (10).

V. DE LA CARENCIA DE CLASE OBRERA A LA INCIVILIDAD EN EL COMPORTAMIENTO CIUDADANO

A la escasa conciencia social le corresponden una escasa conciencia ciudadana; realmente extrañísimos, aunque extraordinarios, son hoy los ejemplos como el de Alvaro Iglesias, que dio su vida pereciendo quemado, tras haber salvado antes de las llamas a tres personas. Lejos de tal sublimidad, hoy el pueblo parece haber perdido en líneas generales su capacidad de autoestima; de otro modo no podría comprenderse cómo la suciedad invade las calles y los edificios públicos, sin que nadie parezca sentir herida su sensibilidad por tamaño feísmo. Un basurero de Burgos me contaba, comentando la situación lamentable de cierto rincón de aquella ciudad: «Una señora a la que llamé la atención por no usar bolsas de plástico para su basura me dijo que ella pagaba los impuestos para que se recogiera la basura que ella tiraba; el papá de un niño a quien dije que no tirara papeles al suelo me contestó que yo era un vago porque no quería trabajar...» La filosofía del «pago mis impuestos, luego ensucio», parece amenazar con extenderse a quienes no pagan los impuestos. Mientras las aceras se convierten en pistas deslizantes peligrosas por culpa de los perros sacados a cagar a la calle, los Institutos de Bachillerato y Colegios Nacionales se caen de viejos y de deteriorados, deterioro precisamente producido por estudiantes.

Las cabinas telefónicas están destrozadas a porrazos. Las motos lo atruenan todo con sus ruidos. Las fábricas, con su polución. Los campos, cubiertos de

(9) Cfr. Pérez Díaz, V.: *Clase obrera y organizaciones obreras en la España de hoy: Política y vida sindical*. «Sistema», Madrid, septiembre de 1979, pp. 14-15.

(10) Tales son los caracteres —cinco y no cuatro— que señala Pérez Díaz para caracterizar la conciencia de clase obrera, y con la que estamos de acuerdo. Por lo demás siempre de acuerdo con Pérez Díaz, sólo el 32,7 % de los obreros dice pertenecer a la «clase obrera», mientras que el 39% se define como «clase media» y el 17% se ve como «clase baja o pobre».

MENTALIDAD Y COMPORTAMIENTO SOCIAL

residuos plásticos, botellas, botes, latas. He aquí cómo deja huella el ciudadano medio, empeñado en pasar a la historia por la puerta de la cochiguera. Mientras los vecinos de tu casa guisan con la puerta abierta para que los olores impregnen al colectivo, aunque no tengan precisamente voluntad de Carpanta. La televisión es un puro grito donde Dallas y similares son la tónica (11).

No es sólo suciedad ambiental lo que predomina, ni horrerada. En momentos de escasez, la gente derrama el agua que otros necesitan para beber, y a la sequía se responde con la insolidaridad, con derroche y con chulería. Avestrucilmente, se busca juerga por tó lo alto, mientras el difunto está de cuerpo presente. Entierro de la sardina, carnavales, fiestas, marcha, alegría bullante, más marcha, folklores, verbenas, ferias, hilarante júbilo, ludismo, viajes, gasto, consumo, no parar, todo a tope, y naturalmente todo ello en medio de un perfil social negro y agrio, donde los publicitarios se empeñan en denominar «libertad» a una marca de compresas, y donde la «filosofía de la tolerancia» al uso parece consistir en la cerdada de que el 32 % de las españolas, que al parecer se han soltado la melena y ya cuando besan no es que besen de verdad, son infieles a sus respectivos (12). Todo ello en medio de la crisis, lo que naturalmente no va a ayudar a resolverla.

La evasión no es solamente una evasión lúdico-esperpéntica, sino también evasión de capitales, por billones de pesetas, nada menos, a Suiza, mientras las letras se devuelven, las estafas a la Seguridad Social proliferan en medio de la indiferencia común porque se cree que «lo que es de España es de los españoles», y mientras los empresarios fabrican no lo que más necesita el país, sino lo que les parece satisfacer mejor su expectativa de plusvalía.

La gente tiene miedo a dejar herencias, no piensa en el futuro, se lo quiere llevar todo «puesto» en el presente, y así funciona toda una filosofía de la gastronomía progresista, donde en el fondo lo que se elucida es comer por el temor a ser comido, coincidiendo así la pasión por comer y la pasión por devorar, la *libido edendi* y la *libido dominandi*, en cuyo marco el mundo es visto como voluntad y representación gastronómica, aunque para eso hay que devorarlo todo, recurrir a la caza depredadora de las especies, a la esquilmación de animales en peligro de extinción, para que así suba luego el precio de los cangrejos de río cebados ulteriormente y de modo artificial por manos mercenarias que se forman jugando con las leyes de la oferta y de la demanda, que —ya se sabe— en última instancia dan con los más pobres en tierra (13).

Y aunque la barbarie ciudadana sea algo íntimamente vinculado a la insolidaridad politicosocial de que antes nos hacíamos eco, sin embargo, no se reduce a ella. Mientras los alemanes son tan primitivos en el terreno politicosindi-

(11) Cfr., mi libro *Las crisis del español medio*. Editorial Forja, Madrid.

(12) Cfr., «El País», 8.4.1982.

(13) El «Informe Global 2000: A las puertas del siglo XXI», un estudio del Departamento de Estado y el Consejo de Calidad Ambiental de EE.UU., estudio patrocinado por Carter, aseguraba que en los países ricos los animales domésticos están mejor alimentados que las personas del Tercer Mundo, y que los alimentos desperdiciados en las áreas de más desarrollo servirían para alimentar a millones de desnutridos. El 65 % de los alimentos servidos en los restaurantes de EE. UU., va a los cubos de basura, y un 25 % de los alimentos comprados por familias de ingreso medio se desaprovechan. La «Comisión Brandt» afirma que el Norte cuenta con un cuarto de la población mundial y a la vez tiene las 4/5 partes del ingreso mundial y el 90 % de la industria manufacturera. El sur, en cambio, sólo cuenta con un quinto del ingreso mundial para las 3/4 partes de la población mundial».

cal, sin embargo al menos en el aspecto cívico son más civilizados: No permiten tirar de la cadena del water después de ciertas horas, ni cocinar largándole los humos al vecino, ni lanzar al suelo los papeles, aunque por la presión y la presencia de los *Gastarbeiter* poco a poco las ciudades de Alemania se vayan comenzando a poblar de basura. Y es que la ley del mínimo esfuerzo es así, se impone, y ante ella sólo cabe pensar: ¿Se dará marcha atrás cuando haya que abrirse paso para caminar entre residuos que hieden?

Por si acaso, dejamos apuntado este dato, como de paso, y en conexión con el problema de la incivilidad: «El porcentaje de españoles que confiesan no haber leído nunca o prácticamente nunca es del 63 % (en Francia, por tomar el ejemplo más próximo, el 67 % de la población lee, al menos, un libro al año). Además de la lectura, existe la posesión (incluso decorativa) de los libros: En España, el 58 % de los ciudadanos no tiene ningún libro o tiene menos de 25 libros (en Francia esa proporción baja el 19 %). La tirada media de un libro español no alcanza los 4.000 ejemplares, mientras que en Francia supera los 9.000. En nuestro país se editaron el año pasado 29.000 títulos, mientras que en Francia no llegaron a 27.000. Pero España imprimió 190 millones de ejemplares, mientras que Francia se acercó a los 400 millones. En Francia los libros son editados por 40 editores, mientras que en España los editores son casi 3.000» (14).

La incultura ambiental hace que el pueblo sea más egoísta, creyendo que lo suyo termina donde acaba el umbral de la puerta, filosofía ésta que precisamente invita a no trasponer el propio umbral, por temor a ser asaltado en la calle. Cuando uno se toma la molestia de colaborar con el bien común sin que ello le vaya una mejora directa, ni siquiera indirecta a no ser a larguísimo plazo; cuando gasta su tiempo y su dinero y su vocación por hacer mejor la convivencia; cuando simplemente llama por teléfono para comunicar alguna anomalía en el alumbrado público, o algún peligro del tráfico, o del alcantarillado o similares; cuando recoge del suelo la cáscara de plátano que no arrojó y la lleva hasta la papelera más próxima, no siempre tan cercana; cuando se afilia a la OCU para potenciar las actividades ciudadanas; cuando colabora en la asociación de vecinos, en los comités de tiempo libre, en los ateneos, en las agrupaciones juveniles; cuando denuncia síndromes brutales; cuando hace todo eso y lo hace pese a todo, comprende en solitario el país en que vive.

Y no hay que desesperar, porque en definitiva lo que uno pueda hacer no ha de verlo hecho por otro, pero en muchos momentos resulta indispensable caminar en grupo solidario, porque si no la marcha se ralentiza y se frena a veces. En algunos aspectos, pese a todo, se va mejorando: El viejo cerrilismo antiarbóreo se va viendo frenado por campañas de reforestación; al menos una vez al año los niños recogen del suelo papeles y porquerías, y, en general, puede decirse que se percibe una leve mejora por el concurso de los Ayuntamientos Democráticos. Pero en general todavía puede decirse que nos encontramos ante una cultura «municipal», es decir, preciudadana, movida sólo por el «munus capere», por el pago de los impuestos. Poco o nada de emoción estética, o de emoción ética, o de emoción religiosa, emociones en que no hace falta el castigo para producir la solidaridad. No son esas emociones las que dominan al español de hoy, sino, en definitiva, la presencia del Estado.

(14) Cfr., «Ya», 24.4.82.

MENTALIDAD Y COMPORTAMIENTO SOCIAL

Si no hubiera Estado, es decir, palo, nos mataríamos en la sociedad civil. Y esa es la prueba más flagrante que una sociedad puede ofrecer respecto, de su bajísimo nivel intelectual y cultural. El Estado, así las cosas sigue permitiendo el pluriempleo (hay en España 700.000 pluriempleados, un 43 % de los titulados superiores está pluriempleado), y tolera habiendo dos millones de parados existan 143.000 menores de catorce años trabajando clandestinamente, según cifras del gobierno a la O.I.T. (según la TOC son casi el doble).

VI. ¿PUEDE AVENTURARSE UN PRONOSTICO PARA EL FUTURO?

El balance de comportamiento político, social y ciudadano de nuestro pueblo no atraviesa, pues, momentos estelares. Pero sería poco objetivo cuando menos pensar que durante la anterior etapa política se vivió otro clima. Lo que hoy le pasa al pueblo español es algo heredado, y por otra parte no está desvinculado de lo que ocurre en el mundo. Desde un mismo foco emisor, los telefilmes americanos para el occidente capitalista, son muchos los cacaductos que transportan aquel género hasta depositarlo en el corazón de cada hogar. El modo de producción capitalista es el que ya no conoce diferencias de pueblos o razas, mientras el proletariado se ha desunido.

Y, en medio de todo ello, nos encontramos con una *stagflación* (estancamiento con inflación), ante lo que los economistas denominan una «crisis de onda larga», que puede durar de 25 a 50 años. Durante ella, el incremento del gasto público, con una mayor fuerza impositiva (que en España es aún del 25'3 %, a diferencia del 54 % en Holanda o el 51'5 % en Suecia), hará preciso que los contribuyentes se dediquen a gastar menos, puesto esto mismo también lo exige el empresario, ya que si la ganancia empresarial no aumenta —a costa siempre de la plusvalía detraída del salario—, entonces no se produce la inversión del capital (ismo), y el paro sigue aumentando. En consecuencia, el futuro parece ser para la mayoría de nuestro pueblo el reducir el poder adquisitivo, ya que la revolución como sabemos no se desea entre nosotros.

Pero, como es de suponer, los empresarios no habrán de invertir en lo más beneficioso para el pueblo —la reconversión industrial sería en estos momentos fundamental—, sino en lo que juzguen mejor para sí mismos. En nuestro país, y dado que la inversión privada representa el 85 % de la total, de poco sirve el esfuerzo del sector público por crear puestos de trabajo, esfuerzo que se ha realizado pese a todo, ya que entre el tercer trimestre de 1976 y el cuarto de 1979 se pasó de 1.300.000 asalariados a 1.400.000. Por otra parte, las empresas buscan unos medios de protección electrónicos que desplazan a la mano de obra, de modo que Milton Friedman llega a asegurar —exagerando— que un 10 % de la población activa bastaría para producir los bienes materiales que utiliza (de hecho, la Toyota, con la utilización total de los medios, se convirtió en 1979 en la primera exportadora mundial de automóviles). Así que «el paro aumentará en la próxima década; cada año, para mantener el nivel actual de ocupación, haría falta la creación de doscientos mil nuevos puestos de trabajo; las generaciones de jóvenes que se incorporan al trabajo son mucho más numerosas que las que lo abandonan. Sólo para satisfacer ese aumento haría falta que el producto nacional bruto aumentase en un 5 %, índice que hoy es un ideal, y que no se puede realísticamente superar sin desencadenar una gran inflación. Y aún en ese caso óptimo quedaríamos con el número de parados que se arrastra, y

CARLOS DIAZ HERNANDEZ

que lentamente podría disminuir... precisamente el neoliberalismo exige además mayor libertad de despido como condición indispensable para animar a la inversión. Nos tendremos que acostumbrar a que cuando la gente esté para entrar en la vida activa no se encuentre con un puesto de trabajo como antes. La elevación del nivel de vida del período anterior en buena parte ha descansado en la abundancia de puestos de trabajo que facilitaba el ingreso de varios sueldos en la familia, por la extensión del trabajo femenino, la facilidad de encontrar trabajo a partir de los 18 años, etc. En este momento, con eso ya no se puede contar... Para luchar contra el paro se van a arbitrar diversas medidas. Pero ninguna hará otra cosa que paliarlo en parte, o servir para fines electorales.

En el programa económico del Gobierno se habla de destinar unos diez mil millones de pesetas para crear puestos de trabajo. Pero esto es una cantidad ridícula. Sólo una tercera parte de lo que los españoles gastamos en quinielas. Da idea de la poca voluntad real, no sólo del Gobierno, sino de todos los españoles para resolver el problema. ¿Qué pasaría si se impusiera un impuesto especial para resolver este problema que correspondiera a lo que gastamos en quinielas, lotería, bingo, casinos, etc? La misma gente trabajadora sería la primera en resistirse a ello. Las soluciones aportadas por los partidos de izquierda tampoco son decisivas. Jubilaciones anticipadas, retraso de la incorporación al trabajo prolongando la formación de la juventud, reducción del pluriempleo y horas extraordinarias, trabajo comunitario, control del subsidio de desempleo, etc, son cosas que evidentemente hay que hacer, pero sabiendo que con ello no se podrá "milagrosamente" reducir rápidamente el número de parados» (15).

Así queda claro que el problema tiene varias dimensiones: La individual —poca voluntad de solución ciudadana—, la derivada de la presencia del capitalismo, la del propio Gobierno, y, en definitiva, la del capitalismo y el imperialismo militarista internacional, que está en un momento crítico de su expansión, y hasta quizás de su propia extinción, con lo que ello pudiera arrastrar.

De todos modos, continuaba Ricardo Alberdi, «la superación de la crisis a través de una economía de austeridad va a encontrar grandes resistencias en numerosos sectores de la población, por no decir en todos».

Efectivamente, nos hemos acostumbrado al consumismo. Nuestras generaciones jóvenes nacieron y llegaron a la adolescencia en el momento del despegue industrial, y en su inmensa mayoría no han conocido las estrecheces, y hasta el hambre, de las generaciones anteriores. Las generaciones adultas, nacidas más allá de la década de los cincuenta, han padecido las consecuencias de una economía todavía no industrializada masivamente y la acumulación de capital realizada en las peores condiciones. No será fácil hacerles aceptar el retorno a una cierta austeridad, pues recuerdan los malos tiempos y se hallan acostumbrados a un trabajo productivo inmensamente más duro que el actual...

Si la actual situación internacional no se modifica drásticamente y continúa la correlación de fuerzas actualmente existente entre nosotros, la suerte de los que ya se hallan en situación crítica tenderá a empeorar, y son de esperar naturalmente reacciones de los que se ven privados de trabajo y de los trabajadores que experimenten descenso de su poder adquisitivo. Todo apunta entonces a un endurecimiento del régimen político... Una vez la llamada democracia neo-

(15) Alberdi, R.: *Problemas urgentes y salidas probables en la economía española* Sal Terrae, agosto-septiembre de 1980.

MENTALIDAD Y COMPORTAMIENTO SOCIAL

liberal incurrirá en la contradicción que le es típica: La disminución de la intervención correctora del Estado en la vida económica y la intensificación de su actuación "política" para perpetuar las estructuras e instituciones en beneficio de grupos privilegiados» (16). No se olvide que España es ya uno de los países europeos con más policías por habitantes, 1:325, frente a 1:425 de Alemania, Suiza o el Reino Unido, y ello sin contar a vigilantes jurados y otros, que con ellos asciende a 1:270 (17).

Tal es la situación. No parece probable que las alternativas de poder puedan hacer gran cosa en contra con un 15 % de tasa de desempleo, porque sustancialmente aceptan los parámetros de la economía de mercado. Se sucederán las alternativas, y eso será casi todo, de espectación en espectación. El mundo suspira por un nuevo Keynes, entre el neoliberalismo de la Escuela de Chicago y el socialismo.

No cabe, pues, más que un cambio en los paradigmas del modo de producción, un cambio que consiste en el tránsito de la cruel economía de mercado propia del capitalismo sin entrañas, a una economía personalizada y socializada, mucho más decidida y profunda de cuanto vienen sosteniendo hasta el presente los partidos de izquierda en la oposición, es decir, en el poder. Pero mientras se camina hacia su realización con paso lento, sinuoso, y vacilante, hay que mantener siempre las exigencias éticas elementales; a tal efecto, «o bien conservamos el nivel de vida actual por unos años hasta agotar las reservas acumuladas durante "el milagro español", o bien nos apretamos el cinturón para preparar un futuro con perspectivas más bien halagüeñas. El ANE (6 de junio de 1981) prevé un ahorro forzoso de la clase trabajadora teniendo como tope el I.P.C. (índice de precios al consumo), menos dos puntos... Pero cabe preguntarse si el capital que se va a acumular gracias a la renuncia de los trabajadores a consumir esos dos puntos no debería convertirse en propiedad de ellos, que son quienes lo ahorran, aunque sea a la fuerza» (18).

Así pues, resumo con Ricardo Alberdi, cuya memoria se hace cada vez más presente entre nosotros, esas exigencias éticas elementales que se han de guardar pase lo que pase:

— El poder adquisitivo debe reducirse en proporción directa a la cuantía de ingresos.

— No debe afectar a los que apenas llegan con sus ingresos al mínimo humano imprescindible.

— Debe reconocerse el sacrificio a los trabajadores que se ven privados de los aumentos que equitativamente les corresponden.

Nada de ello será fácil sin un aumento profundo del nivel cultural de nuestro pueblo, ya que cuanto se hace sin formar una mentalidad carece de sentido.

(16) Alberdi, R.: *Ibidem*. La CEOE actuará entonces como Estado, pues un Estado que no fuera el suyo la crearía problemas tales como: inversiones que elevarían (a costa del endeudamiento o hipoteca hacia el futuro) el nivel de empleo, y en consecuencia los niveles de salarios, al disminuir la presión demandante; utilización de la totalidad de los recursos estatales, dejando cada vez menos margen y recursos para el empresariado, que así tendría que pagar mayores intereses dinerarios; dirigismo económico, que implicaría un mínimo de socialización, etc. (Cfr. García Caselles, J., «Noticias Obreras», 1.11.81).

(17) Rodríguez, J. A.: En «El País» 1.5.82, se trata de un artículo del Secretario de Acción Revolucionaria de la Unión Sindical de Policías.

(18) Cfr. González-Carvajal, L.: S.O.S. *Tenemos dos millones de parados. La comunidad cristiana entre Massá y Meribá*. Editorial Sal Terrae, Santander, 1982,4, pp. 291-292.

Pero el nivel cultural es muy bajo entre nosotros, mientras la televisión continúa haciendo de las suyas y algunos de los medios de comunicación se empeñan en degradar lo que tocan, haciendo así más difícil y más vigilada la ya demasiado vigilada democracia. En medio de este clima, la gran cuestión podría ser más o menos ésta: ¿Dónde está ese sector de pueblo más consciente y más enamorado de un futuro más libre y justo? ¿Cuánto tiempo habrá que esperar para que haga irrupción en el escenario de la historia? ¿podrá mientras mantenerse a la deriva el viejo movimiento obrero, o se espera contar con que llegue la tormenta para que la improvisación se destape a lo que salga, tanto nacional como internacionalmente?

Tal vez, como dice Alfonso Alvarez Bolado, sin una disciplina de éxodo común no va a ser fácil encontrar la *terra ignota* y más propia de la paz mundial (19). En cualquier caso, carente de la suficiente capacidad adivinatoria como para poder responder a las cuestiones del futuro, no quiero sin embargo, negarme a la posible irrupción de la sorpresa en la historia, irrupción sorpresiva que puede ocurrir cuando menos se piensa y donde menos se espera. Indicios de sorpresa podemos avistar hoy, mezclados con deseos meliorativos, por ejemplo en:

— El hallazgo de una nueva forma de energía que pueda relanzar la productividad, y con ella la tendencia al pleno empleo.

— La entrada en escena de una nueva forma de producción y de una nueva dinámica social *ad hoc*.

— La introducción tecnológica de progresos espectaculares capaces de humanizar el trabajo y facilitar el acceso a la cultura por un mejor aprovechamiento del tiempo libre.

— La conservación del instinto de conservación planetario con el predominio de la cooperación antes que el delirio de la destrucción generalizada.

— La sustitución de las lanzas por rejas de arado y el descubrimiento real de que la libertad sólo se plenifica y cumple en la paz, la cual a su vez sólo se cumple cuando «el que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer, que haga lo mismo» (20).

No creo que el problema del paro no tenga hoy posibilidades técnicas de solución; afirmo que hay alguna salida, que el paro existe porque hay quien está interesado en que exista, mientras nos dice que no tiene solución, para que creyéndolo nos convirtamos en ovejas y cabritos. El paro es un grave problema, pero después de meditar al respecto puede llegarse a la conclusión de que no es una cuestión insoluble. Sólo hace falta —eso sí— voluntad, y voluntad buena. Voy a esbozar algunas propuestas para una buena voluntad:

— En España se van a gastar dos mil billones (con «b») de pesetas para modernizar nuestro armamento y redondear la chapuza de la entrada en la OTAN, frente a los cuatro mil millones supletorios con que se pretende paliar parte de la crisis universitaria, y sin atender con millón alguno de refresco a la formación profesional para hijos de trabajadores. Sería una voluntad buena si esos millones destinados a la guerra fueran dedicados a incrementar la paz y la cultura.

(19) Alvarez Bolado, A.: *Construir la democracia española, una tarea para todos*. Ed. Sal Terrae, Santander, 4,1982, p. 251.

(20) Lc. 3,11

MENTALIDAD Y COMPORTAMIENTO SOCIAL

—«Dallas» es la serie más postinera y deseada por la mayoría de la población, derroche de energía imperdonable sólo parecido al del Estado que se fuerza en estar donde no debe. Bastaría con negarse a ver más la dallavisión y el videodallas, para ahorrar energía.

— Creyentes sociológicos hay muchos en nuestro país; bastaría con que cambiasen su actitud y no olvidasen el Decreto de Graciano que dice así: «Alimenta al que muere de hambre, porque si no le alimentas, lo matas» (21).

— En España se juega mucho a las quinielas, al bingo, a la lotería; se viaja mucho, se despilfarran mucho; se tira mucho en forma de supérfluo: ¿Y si mañana lo supérfluo se torna para esos españoles tan inasequibles como lo necesario? ¿no hay nadie capaz de ponerse en el lugar de los parados?

— ¿Cuántos son los que dejan voluntariamente uno de sus dos empleos?, ¿cuántos los que frenan las horas extras?

— Todo ello sin olvidar que la oposición también debería adoptar alguna pauta de comportamiento interesante. Algunas propuestas ya están ahí, y la hemos señalado; otras, por ejemplo relativas a la juventud, son jubilaciones anticipadas, retraso de la incorporación al trabajo prolongando la formación de la juventud, reducción del pluriempleo y horas extraordinarias, trabajo comunitario, control del subsidio de desempleo contratos temporales con bonificación de la Seguridad Social para las empresas contratantes de mayores de 16 años y menores de 25, cooperativas juveniles con beneficios de la cuota de Seguridad Social o crédito del Fondo Nacional de Protección al Trabajo, ayudas a los jóvenes campesinos creando un Fondo de Tierra de propiedad pública a partir de tierras cultivadas o de fincas manifiestamente mejorables en régimen de cooperativas para jóvenes de 16 a 24 años, jubilación anticipada y sustitución por trabajadores jóvenes mediante subvención del Estado, servicio militar voluntariamente anticipable desde los 18 años, recibiendo obligatoriamente en él enseñanza profesional acelerada, extensión del subsidio de desempleo en determinadas condiciones a jóvenes que no encuentran primer empleo, sometándose a la vez a cursos de Formación Profesional determinados por el INEM, etc. Todo ello sería, ciertamente, muy difícil sin cambiar la sociedad y a la vez sin cambiar la mentalidad. Cada día me reconfirmo en mi opinión de que la cuestión está en renovar por dentro la sociedad y el ser humano. Viejo tema, por el que, pese a todo, nosotros seguimos luchando.

No nos creamos, pues, del todo y necesariamente que el paro persistirá; puede agravarse, pero eso depende de que cambien las cosas a peor, si la gente no cambia hacia mejor. No nos creamos, pues, que de aquí a 25 ó 30 años tendremos paro. Eso es una argucia para parar. No estemos de acuerdo en que habría trabajo sólo estacionario subsidiado por el Estado durante los tiempos de inacción. Busquemos el trabajo, no nos lamentemos y esforcémonos. Si el trabajo es necesario, tal vez el acceso al mismo precise un cambio de mentalidad, así que busquemos la coherencia entre testimonio y autoorganización, y no despleguemos la doméstica pancarta de «el pueblo bostezando sigue funcionando». A pueblo que bosteza socialismo que duerme; a pueblo que bosteza, capitalismo que madruga.

¿Madrugaremos, o bostezaremos? **That is the question.** En eso estamos, ya como filósofos, ya como ciudadanos, ya como contribuyentes.

(21) Decreto de Graciano, c. 21, dist 86 (ed. Friedberg I,302).